

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Desde San Sebastián, por Don Jerónimo.—Revista de toros (15.^a corrida de abono).

DESDE SAN SEBASTIÁN.

UNA CORRIDA MARÍTIMA.

Señores D. Rafael y D. Francisco de Paula Pardo de Figueroa.

QUERIDOS AMIGOS MÍOS: ¡Qué sorpresa la de Vds. al encontrarse con esta carta en las columnas de LA LIDIA! —Don Jerónimo se ha vuelto loco (exclamaron ustedes de seguro), cuando ha elegido como vehículo de sus pensamientos a un Semanario taurino, desde el cual nos escribe á nosotros, á nosotros que no entendemos de toros, ni nos importan los toros, ni sabemos de cuernos, ni queremos rozarnos con nada que á cuernos se parezca!

—No echen Vds. los altos gritos;—respondo yo en francés;—figense en el epígrafe de esta carta que va á ser ensalada taurino-terrestre-marítima, y díganme si, por el último concepto, puedo yo comunicarme con dos personas más competentes, distinguidas, ilustradas, etc., etc., que el ex-presidente de la Comisión Hidrográfica y ex-comandante, á la vez, del vapor *Piles*, y el ex-comandante de marina del puerto de Alicante.

Ambos acaban de retirarse del servicio, después de brillantísimas campañas en pro de la ciencia y de la nación; y yo quiero que mi voz amiga llegue hasta la soledad en que hoy descansan prematuramente los dos valientes marinos, y endulce quizá el dejo de esas amarguras que no conocen jamás los que alcanzan favores fácilmente, navegando en aguas de... Colonia.

Es el caso, amigos míos, que el 25 del pasado Agosto, estuve embarcado á bordo del caza-torpederos *Destructor*, desde las tres y media de la tarde, hasta las ocho y media de la noche, merced á amable invitación que el famoso don Fernando Villamil, comandante del barco, dirigió á los periodistas que nos hallábamos en San Sebastián.

Y es el caso, que, durante aquellas cinco horas, para mí deliciosas, mi imaginación no se apartó ni un solo instante de Vds., y formé el propósito de comunicarles mis impresiones desde las columnas de LA LIDIA.

No me hubiera sido difícil hacerlo desde otro periódico madrileño, serio é ilustrado como pocos; pero he elegido precisamente LA LIDIA, porque la popularidad me coloca en condiciones inapreciables para ponerme al habla con la gente del bronce, esa gente todo pasión, todo nervio y toda vida, cuyas censuras y elogios tienen un sabor de sinceridad encantadora, y á quien quiero hacer partícipe de mis impresiones, porque nadie podrá saborearlas mejor ni apreciarlas, seguramente.

Pero antes de entrar en los detalles de la corrida marítima que á Vds. dedico, tengo precisión de despachar la corrida terrestre, última de la temporada que se verificó en San Sebastián, el día 28 del próximo pasado Agosto.

Cierren Vds. los ojos y no teman, que la oscuridad no durará mucho. Corrida de seis toros famélicos de Salas, seis re-es esprimidas, tuberculosas, guasonas y afligidas, no merece los honores de una reseña. El popular empresario Arana, cuyo celo ha aplaudido el público unánime, ha obtenido la mejor recompensa en la conducta benevolé-

ma de ese público que dejó pasar el domingo los seis toros sin protestar apenas, cuando en otra plaza cualquiera hubiera habido que lamentar probablemente algún escándalo desastroso.

Entre Arana que paga siempre lo que le piden, y el ganadero que le ha servido deplorablemente, no ha habido reciprocidad, y esto debe servir al primero de lección para no fiar en excesos de caballería que no siempre resultan bien correspondidos.

La corrida del 28 pasó, porque las del 14, 15 y 21 habían sido magníficas, con respecto al ganado, y el público guipuzcoano, que es poco amigo de bullangas, supo dar á los derechos adquiridos de Arana el valor que tenían realmente.

De Frascuelo y Cara-ancha, hay también poco que decir. Salvador toreó, generalmente, muy bien de muleta, hirió siempre por derecho y no apeló ni una sola vez á los recursos de la traición, pero, en cambio, pocas veces le he visto huir tan desatinadamente después de meter el brazo. Dos huidas, sobre todo, fueron dignas de notarse: la primera, después de media estocada superior que hizo caer al primer toro y en la cual, acosado Salvador corriendo por el hilo de las tablas, no quiso tomar el olivo y se defendió con la muleta como un valiente; y la segunda, en el quinto toro que, al recibir un pinchazo alto, arreó tras el matador y le hizo zambullirse en el olivo, desde el cual volvió á la plaza, descompuesto el cuerpo y demudada la color, circunstancia digna de apuntarse tratándose de Frascuelo. En los quites estuvo admirable Salvador; hizo, sobre todo, tres aguantando que le valieron sendas ovaciones, así como la muerte del primer toro, en la cual oyó el diestro estrepitosos aplausos.

Cara-ancha, al ver las condiciones de los toros, no se anduvo en dibujos é hizo muy bien y yo se lo aplaudo. De los tres que le tocaron, afianzó dos á la primera, hiriendo bajo y torcido y acabando pronto, que era lo que hacía falta.

Al último le agarró una buena en las tablas, después dos medias de dudosa calidad. En brega y quites trabajador y escuchando palmas.

Ostión recibió dos ovaciones en los dos bichos que banderileó, y Saturnino Frutos fué muy aplaudido al dar un arriesgado salto con la garrocha á un toro que no tenía condiciones para ello. El muchacho quiso que los franceses vieran la suerte, y todos aplaudieron la valentía de Frutos.

En resumen; mala corrida, con respecto al ganado, y discreta, si vale el adjetivo, con respecto á los matadores, salvo las salidas de naja de Salvador que fueron rematadas. Y se acabó la corrida terrestre.

**

Desde la plaza de toros hasta el puente del *Destructor*, no hay para mí más que un paso. Dóylo en esdrújulo y encuéntrome de repente en plena corrida marítima.

Esta es, mis buenos amigos D. Rafael y D. Francisco, la parte de mi trabajo que dedico á Vds. ¿A qué hablarles de los pies de eslora, manga y puntal que tiene el *Destructor*, ni de los pies que cala, ni de la distribución de máquinas, artillería y demás que se refieren á la economía del barco?

El *Destructor* tiene ya su leyenda que Vds. conocen mejor que yo, y su comandante me ha revelado los estrechísimos lazos de amistad que le unen á Vds., así como á cierto *Ano* venerable á quien tanto quieren los Pardos y otros que no lo son, y á un tal Thebussem, doctor eminentísimo en todo lo doctoreable y sibarita empedernido de la Huerta de Cigarra.

Yo quiero hablar á Vds., no del cuerpo del *Destructor*, sino de su alma, y dar á Vds., de este modo, idea exacta, fidelísima de lo que es el célebre caza-torpederos.

Buffón dijo que el estilo era el hombre. Yo vengo observando hace tiempo la admirable exactitud del aforismo, porque en las especialidades á que me he dedicado, veo hasta la evidencia que el modo de torear de los toreros es trasunto fiel del temperamento de éstos, así como la manera de cantar de los artistas líricos refleja completamente la naturaleza de ellos.

Después de ver á Villamil en el puente del *Destructor*, me atrevo á decir á Vds. que el barco es el marino, y que el *Destructor* es Villamil.

¡Qué admirable figura de marino! A su lado estuve más de una hora, y pude contemplarlo y estudiarlo á mi sabor. Se habla, generalmente, de lobos y de tigres. Yo creo que si fuera á buscarse en la zoología un símil adecuado á Villamil, lo mejor sería llamarle desde luego "zorro marino."

Hay en quella fisonomía microscópica de la cual el aire del mar no ha podido barrer enteramente la capa de bilis que la envuelve y la domina; hay en aquella carne macerada, en aquellos ojos injectados, pequeños y punzantes como un estilete, en aquellos dientes grandes y amarillentos, siempre á la vista, como teclas de piano pre-histórico; hay, en fin, en aquella cara embreada y curtidada tal marejada biliosa y tal Noroeste de malicia, de fuerza y de vigor, que hasta la misma misión del *Destructor* de cazar torpederos, trae á la memoria al zorro de Lafontaine.

Este es Villamil y este su barco. Hay que verle sobre el estrecho puente colocado frontero al palo de trinquete y lamiendo el castillo de proa. Aquel Angosto recinto es el trono de Villamil, y allí hay que observarlo; allí es donde hay que estudiarlo y seguir sus operaciones.

Encorvado, como cazador en acecho, levantada la cabeza y fijos los ojos en la mar, las dos manos del comandante aprietan las manivelas que transmiten á los maquinistas las voces de mando.

—Todo á babor!
 —Levantando el timón!
 —A estribor un poco!
 —A la vial!

Y la rueda cruge allá abajo, en la torre de combate colocada á los pies de Villamil, mientras los guardines se deslizan sin ruido alguno, moviendo el timón por centímetros, y supeditándolo, más que á la voluntad, al capricho del comandante.

La precisión con que obedece el *Destructor* es tan grande, que, virando á una ú otra banda, no bien suena la silaba *bor* ordenando la virada, cuando ya está el barco guiñando con la misma nerviosidad, con la misma viveza del que lo manda.

Ver andar al *Destructor* á su aire y maniobrar en todos sentidos, es espectáculo que no se olvida. A una marcha de dieciocho millas y con cien libras de presión, el barco se resbala por el agua, con la gallardía, con la elegancia, con la coquetería de una patinadora consumada.

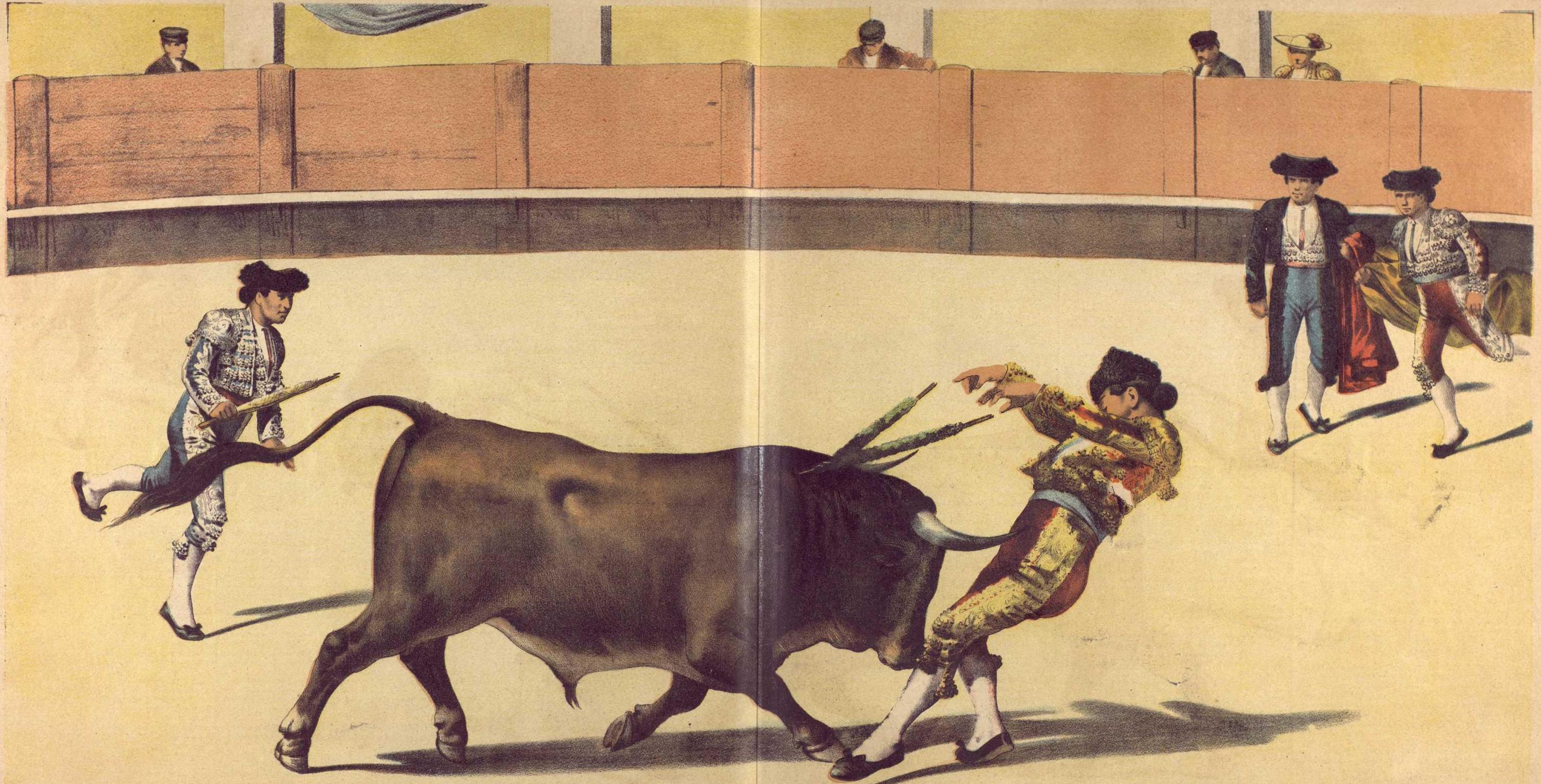
Digo patinadora y no patinador, expresamente, porque el caza-torpederos tiene algo de femenino en su andar y en sus evoluciones.

Cuando va proa á la mar (la mar estaba bellísima, el día de la expedición), su marcha ostenta esas modulaciones llenas de garbo y de picaresca seducción que acompañan á la chula madrileña. Y hasta en la marcha que van despidiendo los costados del barco, hay algo de ese perfume natural y penetrante que de él emana, una mujer fresca, joven, bonita y limpia.

Pero lo precioso son las orzadas y las viradas.



LA LIDIA



J. Chaves



COGIDA DE FERNANDO GÓMEZ (GALLO) el 19 de Abril de 1874.

Arenal, 27, Madrid.

—Todo á babor!—manda Villamil, dirigiéndose á la torre de combate.—Y al ruido seco y rápido de la rueda que gira, comienza el *Destructor* á virar.

En este instante, el barco despliega toda su coquetería. La cabeza de la embarcación, la proa, se inclina con admirable rapidez, que un tenue balanceo hace graciosa y elegante, mientras la popa, como vailadora flamenca, hunde sus caderas en la espuma de las élices, y va describiendo airosísimo círculo que la estela señala con geométrica precisión.

¡Qué hermoso espectáculo! El *Destructor*, atento á la orden de su comandante, cual caballo amestrado á las voces del domador, guiña, orza y vira, dejando espumosa estela sobre la que se lanza el barco á veces, cortándola y embistiéndola como toro codicioso que rebrinca al engaño, y le crujen los huesos al revolverse.

De pronto, la embarcación se introduce entre el *Castilla*, donde se halla la Reina, y el *Ferrolano* que se balancea á estribor del crucero. Un dédalo de botes contempló las evoluciones; un vapor de pesca, el *Maria del Milagro*, lleno de pasajeros; sigue también con ansiosa mirada la marcha del *Destructor*.

Este da una vuelta en redondo por el *Castilla*, y serpenteando entre el crucero, el *Ferrolano*, los botes y el vapor pesquero, va, viene y torna, entre los aplausos y los vivas de todos.

Una vez queda atravesado entre la corbeta donde S. M. presencia las maniobras desde el castillo de proa y el *Ferrolano* que se encuentra á corta distancia. Villamil calcula con tal exactitud la arrancada del buque sin máquina, que cuando parece que vamos á tropezar con un barco ó con un bote, bastan dos paletadas cuando, para que el *Destructor*, que parecía desbocado, se detenga en firme pavoneándose sobre la leña que lame sus costados como espuma de gigantesco corcel.

Y vuelve á ponerse en marcha y á deslizarse sobre el agua, libre de todo estorbo; pero Villamil vuelve también á luchar con las dificultades, y su barco va donde él quiere que vaya; se revuelve entre los botes, pasa á proa del *Ferrolano*, rozando su botolón, y fijo el comandante ante el aparato, empuñadas las dos manivelas, gózoso del éxito y como buscando en aquel ambiente de admiración y de simpatía, compensación á las amarguras que han rodeado al gran marino, da rienda suelta á su temperamento, y abre las olas á su imponente valentía.

—A babor!—Levantando! A estribor! A la vía!

Y el *Destructor* y su comandante se compenetran, se funden en una persona. Y nerviosos y biliosos los dos, como en un vértigo de histerismo, la nave va donde la inteligencia le guía, mostrando todo su valor, haciendo resaltar todos sus encantos, cortando el mar, retorciéndose convulsa, rehaciéndose al instante, tan pronto á la vía, acariciando el agua con las amuras, como orzando con movimiento rápido y nervioso, encarnación en suma, de aquel punto negro que desde el puente tiene en su mano todos los secretos del gobierno del buque, y ha hecho este á su imagen y semejanza.

Tal es el *Destructor* y tal su comandante. Villamil ha dado á luz ese barco, después de una penosísima gestación, y ha visto acogido con desconfianza pueril ó con recelos de mal linaje al hijo de sus entrañas.

Otro marino de menos temple hubiera claudicado ante los escollos que rodearon al *Destructor*, pero Villamil siguió adelante. Tenía la enérgica voluntad que presta la ciencia y espera vencer.

Cuando el *Destructor* hizo sus pruebas, el momento era solemne y decisivo. Toda la Europa tenía fija la vista en el caza-torpederos.

—Si la prueba me sale mal, me pego un tiro! y si no tengo valor para suicidarme, dejo la carrera y huyo á los Estados Unidos.

Esto se dijo Villamil, y no hay sino verle una vez, para tener la seguridad de que lo hubiera hecho.

Pero el hombre de ciencia y el marino pusieron proa al tiempo, y, con ayuda de la Providencia que ha llevado á San Sebastián á la Reina de España, la victoria más completa sonrió ya al ilustre comandante del *Destructor*.

La Soberana, el pueblo y la prensa, la sociedad escogida y la gente de mar de la capital de Guipúzcoa, esa gente heroica que expone diariamente su vida para comer y dar de comer á los demás; todas las jerarquías y todos los estados han aclamado con voz unánime á ese admirable barco, del cual es el alma y vida D. Fernando Villamil.

Que llegue hasta él el modestísimo pero sincero testimonio de mi admiración y de mi gratitud, y estime esta última en lo que vale, que no vale poco, como verán ustedes más tarde.

Y reciban á la vez sendos apretones de manos el segundo del barco, D. Santiago Céjis (un lagartijista ¡oh anabaptistas!), y los alféreces de navío, D. Antonio Olmedo (un frascuelista torpedo que se arranca corto y hiere en lo alto), y D. Antonio Romero, cuyas opiniones taurinas no conozco, pero de cuya amabilidad, así como de la de sus compañeros, puedo dar fe.

Y ahora, escuchen Vds. Cuando terminada la expedición á bordo del *Destructor* me disponía á saltar á un bote y largarme á tierra, tropecé sobre cubierta con una especie de aparición. Era un ser que no puede describirse; amasijo informe de carne, de huesos y de... ¡pringue! Su cara no era cara, sino una mancha de aceite que surcaban negras líneas de sudor, y al través de la cual se veían, como en una penumbra de magre, dos ojos fijos, vidriosos, cadavéricos.

Era un maquinista! Aquella evocación de ultratumba que, surgiendo inopinadamente de los pulmones del buque, se colocaba ante mí, manchándose con su vaho pringoso, era el aliento del *Destructor*.

En un barco como el que manda Villamil; en un barco que es todo máquina, y en el cual todo se halla

sacrificado á las máquinas, aquella tétrica figura chorreando pringue por todas partes, y en cuya fisonomía se leían el abatimiento del pária y la macilenta languidez del prisionero que gime en caldeada mazmorra, desprovisto de espacio, de aire y de luz; aquella tétrica figura, digó, representaba allí la fuerza vital del buque, las potentes entrañas de la embarcación.

A impulsos de la inteligencia de aquel hombre guiñoso, se mueve y maniobra el *Destructor*, y aquella cara lastimosa y aquel cuerpo rendido que resiste los bandazos y las zambucadas, en medio de una temperatura infernal, son los que empujan al barco y desarrollan en él las fuerzas que le imprimen movimiento y le prestan vida para todas las empresas.

Con cuánto cariño lo trata Villamil!

A su lado duerme el primer maquinista, D. Ramón Castro; y hay en la solicitud fraternal del comandante esa hermosa reciprocidad de ideas y de sentimientos que unen en común afecto á la cabeza que manda y al brazo que obedece.

Por mi parte no puedo menos de dedicar estas líneas á los maquinistas y fogoneros del *Destructor*, lo mismo que á los sufridos y valientes marineros que viven hacinados allí, sirviendo oscuramente al rey y á la patria, y que soportan todo género de penalidades, amparados por el amor de un comandante que los trata con paternal cariño. Ni un acto de insubordinación, ni una queja hay que lamentar en aquella cárcel flotante donde todos forman estrecho haz y se desvelan por cumplir con su deber. ¡Dichoso yo, si he podido con estos párrafos que dedico á los maquinistas y á la tripulación del *Destructor*, despertar en los corazones de los que lean este trabajo un eco de simpatía por ese puñado de valientes!

Mi pluma corre sin tino y me parece escuchar la voz del regente de imprenta, que escandalizado al verme vagar tanto tiempo, me manda ciar para detenerme.

Mientras las hélices dan las primeras paletadas hacia atrás, ahí va un detalle, y termino.

Habrán Vds. observado que no he dicho ni una sola palabra sobre los disparos que se hicieron desde el *Destructor*. No lo estrañen Vds., mis buenos amigos, porque esos malhadados disparos constituyeron ¡ay! para mí, la parte triste, el punto negro de la expedición.

El Supremo Hacedor de todo lo creado me ha dotado de un tímpano tan ridículamente sensible, que oír desde cerca un tiro de cañón ó sentir un estacazo en la cabeza, es para mí lo mismo.

Figúrense Vds. lo que pasaría yo durante aquellos terribles momentos en que los cañones y los revólvers Nordenfeldt se ponían de vomitar disparos como el chico del esquilador, que lloraba porque no podía más.

Con los dedos metidos en los oídos, y apretando en ellos los pulgares, aguantaba como podía aquel estrépito reventante! Pero cuando subí al puente y me coloqué al lado de Villamil, creí que había llegado mi última hora.

A mis pies se hallaba un horrible cañón Hontoria colocado en hueco, ¡en hueco! sobre el castillo de proa. Villamil mandó dispararlo, lo dispararon en efecto, y sonó un estampido seco, espantoso, brutal, que repercutió en mi diafragma y en mi cabeza como si me hubieran pegado un puñetazo en el vientre y un peñazo en el cráneo.

Sonó más tarde otro disparo, y volví á experimentar con mayor fuerza las deliriosas sensaciones del primero. Entonces me dirigí al comandante que estaba fijo en la alidada que determina el eje longitudinal del barco, y es aparato que sirve para apuntar torpedos.

—Mi comandante—le dije;—se han acabado los disparos, eh?

—Sí, hombre, sí—me contestó;—ya no hay más tiros.

—Bendito sea V.—exclamé en el colmo de la alegría.

—Y bendita su madre y bendito su...

Que vuelvan á cargar el cañón—dijo friamente Villamil mandando al condestable.

¡Y retumbó en mi diafragma y en mi cabeza el tercer disparo!

No se lo perdonaré mientras viva! Y me vengo escribiendo esta carta á Vds. que son amigos de Villamil, y ante quienes elevo mi denuncia contra las charranadas del *Destructor*. Un disparo más y el *destruido* soy yo para *in sæcula sæculorum!*

Me han dicho que para no sentir mucho esos disparos, no hay sino mirar al cañón y abrir la boca. Con un corcho monumental entre los dientes he de entrar yo en el *Destructor*, si para mal de mis pecados vuelvo á asistir (que no volveré), á esos malhadados ejercicios...

—¡Basta! me grita el regente. Ponga V. la firma, que no hay espacio para más.

—¿Ni para mandar un abrazo á estos amigos?—pregunto.

—Ni para eso.

Pues quite V. regletas, que sin el abrazo no se van, ni ellos, ni el Amo, ni el doctor Thebussem.

De ustedes siempre afectísimo,

DON JERÓNIMO.

San Sebastián y Agosto á 30 de 1887.

TOROS EN MADRID.

15.^a CORRIDA DE ABONO.—4 DE SETIEMBRE 1887.

Toros del Conde de Patilla; cuadrillas las de Bocanegra, Frascuelo y Mazzantini; picadores de tanda, Badilla y José Sevilla, que debuta en la tarde de hoy.

Salió el primero de nombre *Vida alegre*, castaño, albardado, bragado, ojinegro y corto de defensas. Tomó cinco varas, dió una caída y mató un caballo.

Salió por delante el Panadero, clavando un par al cuarteo, desigual; y siguió el Barberillo que dejó u

par en el suelo y medio de sobaquillo delantero, y terminó Panadero con otro al cuarteo.

Bocanegra, de magenta y plata, después de siete pases, y sin que el toro se cuadrara, dió media estocada barrenando, saliendo tropicado y cayendo delante de la cara. Muy oportunamente Salvador acudió al quite. Después dió, sin pase alguno, media estocada baja y atravesada, de la cual murió el toro.

2.^o *Frailero*; negro listón, cornicorto y de libras. Tomó siete varas, dió tres caídas y mató dos caballos. En una caída al descubierto, de Bartolesi, hizo un gran quite Mazzantini, que fué muy aplaudido. El Bebe salió por delante con un buen par de frente; siguió Saturnino con un cuarteando, trasero, y terminó Bebe, siendo alcanzado y derribado, librándose milagrosamente, y clavando después de este percance medio par á la media vuelta.

Salvador, de azul y oro, despachó á su enemigo de una estocada contraria y algo tendida. (Aplausos.)

3.^o *Piloto*: colorado, bragado y listón, ojinegro y bien colocado. Tomó ocho varas sin voluntad Entre Tomás Mazzantini y Regaterín, clavaron, el primero después de cinco salidas falsas, un par malo á la media vuelta y otro medio de la misma manera, y el segundo medio delantero al cuarteo, saliendo apurado.

Mazzantini, de gris plomo y adornos de plata, despachó al animal después de 24 pases y dos pasadas sin herir, de un pinchazo bajo, cuarteando, y media descolgada, echándose fuera. El puntillero á la tercera.

4.^o *Escribano*; colorado, salpicado, listón, de libras y bien armado. A la salida se coló suelto á Sevilla, derribándole y siendo pisoteado por el caballo. También Badilla sufrió otra contusión, de una caída contra las tablas. Tomó seis varas, dió cinco caídas y mató cinco caballos. Entre Cortés y Barberillo clavaron: el primero un par desigual al cuarteo, y un par delantero, saliendo tropicado, y el segundo uno de sobaquillo.

Bocanegra, sin acercarse, le dió un sablazo ignominioso. (Silba monumental. El espada fué llamado á la presidencia.)

5.^o *Secretario*, castaño salpicado, bragado y bien puesto. El picador Bartolesi, en una vara, fué despedido por el toro dentro de la barrera, siendo conducido á la enfermería. El toro tomó 11 varas, dió seis caídas y mató tres caballos. Saturnino Frutos salió por delante, clavando un par bueno al cuarteo; siguió Bebe con otro pasado, y terminó Saturnino con medio al cuarteo.

Salvador despachó á *Secretario*, después de nueve pases, de un magnífico volapié en las tablas, cayendo el toro hecho una pelota. (Ovación.)

Cerró plaza *Dragón*; colorado albardado, bragado y corto de defensas. Tomó nueve varas, dió cuatro caídas y mató tres caballos.

Regaterín clavó un par al cuarteo, y Tomás Mazzantini otro bueno, siguiendo Regaterín con otro en la misma forma, terminando Tomás con otro par aprovechando. Mazzantini despachó al toro de una estocada baja y atravesada, después de 16 pases de nueva escuela.

RESUMEN.

La inauguración de la segunda temporada con la 15.^a corrida de abono, ha ofrecido un espectáculo accidentado, tanto por la condición de los toros, cuanto por el aturdimiento en que generalmente se han encontrado los lidiadores.

Los toros de Patilla, por lo común, de hermosa lámina y bien criados, han resultado desiguales en el primer tercio, y sosos y guasones en los otros dos. El 2.^o y 4.^o hicieron una hermosa faena en la suerte de pica, entrando con codicia y pegándose á los caballos; el 5.^o también se mostró voluntario, siendo los restantes blandos y de escaso poder. En el último tercio presentaron algunas dificultades el 2.^o y 4.^o

Bocanegra.—Desconfiado en demasía dió algunos pases desde lejos á su primero, arrancándose precipitadamente á matar, y consiguiéndolo con exposición por no comprender que había necesidad de arrimarse y liarse con el bicho por lo mismo que tenía tendencias á la huida. En su segundo no nos explicamos su manera de proceder, pues si bien el toro pesaba demasiado para las ya escasas facultades del matador, debió tantearle antes de darle tan ignominiosa muerte.

En la brega hizo alguno que otro quite demostrando deseos de agradar.

Salvador.—Demostrando con los toros la valentía que ya es proverbial en él. A su primero le pasó sóbriamente y se dejó caer con una estocada aprovechando y contraria de tanto meterse, aunque resultó algo tendida. Nosotros le aplaudimos su brevedad, pues con las condiciones que el bicho tenía, de no haberle afianzado á la primera, le hubiese dado quchacer.

En su segundo hubiéramos querido verle más parado en los primeros pases y con más autoridad con los peones que embarullaron algo la faena; pero una vez el toro en las tablas, el matador le cuadró con inteligencia y le recetó un volapié neto, de esos que entusiasman siempre á los aficionados y traen á la memoria el nombre del célebre Costillares.

Mazzantini.—Serenó como siempre, pero sin lograr un momento parar esos pies, con los cuales hace las faenas, que debieran estar exclusivamente encomendadas á los brazos, y sin conseguir el castigo para las reses en el juego de la muleta.

Hiriendo se arrancó, por regla general, desde lejos y cuarteando, razón por la cual le resultaron sus estocadas descolgadas ó bajas. Bien en la brega y superior y oportunísimo en el quite que hizo á Bartolesi.

De los banderilleros, el Bebe y Tomás Mazzantini.

De los picadores, Agujetas.—La falta de espacio nos impide dar más detalles.—Hoy, corrida en Aranjuez.